

AGENDA CIUDADANA

LO NUEVO EXISTE, PERO NO EN EL PRI

Lorenzo Meyer

Definición.- Es innegable: algo hay nuevo en la vida política mexicana, pero eso nuevo no es, ni está, en el PRI, sino fuera de él.

Hay varias maneras de entender lo que significa nuevo. Una puede ser lo que nunca antes existió, lo recién hecho, lo que se acaba de descubrir o conocer; también lo no viejo, lo más reciente y moderno, aquello que acaba de ocurrir o simplemente lo que ha cambiado. Cuando se nos habla del “nuevo PRI” --y en estos tiempos las referencias a ese fenómeno son constantes y omnipresentes-- el único significado posible que se le puede atribuir al término es el último, el de cambio. Pero ¿realmente esa contradicción viviente que es el viejo “Partido Revolucionario” pero “Institucional” ha cambiado al punto de ser nuevo? Hay elementos para dudarlo e incluso para negarlo. El PRI ha cambiado las formas para seleccionar a algunos de sus candidatos, en particular el presidencial, pero no más; su fondo sigue siendo similar al de siempre, al del viejo PRI.

Desde su nacimiento hace setenta años, el proceso en virtud del cual un miembro del gabinete saliente se convierte en el candidato presidencial del PRI (antes PNR y luego PRM) y finalmente en presidente, ha sufrido algunas modificaciones, pero finalmente la designación siempre ha recaído en el personaje que desde el inicio contó con el visto bueno y respaldo decidido de quien, colocado en el pináculo de la estructura real de poder, controlaba al partido. En los primeros años se trató del “Jefe Máximo” (Plutarco Elías Calles) y a partir de 1935 del presidente en turno. En el último proceso, el de 1999, hubo algo nuevo: se debieron preparar y llevar a cabo unas elecciones internas en las que se dice, sin que haya posibilidad de comprobarlo, que participaron más de nueve millones de mexicanos, pero el proceso se diseñó para

refrendar una decisión tomada de antemano por el presidente saliente (lo viejo) y puesta en práctica por una maquinaria priísta encabezada por un personaje -- José Antonio González Fernández- puesto ahí por el propio presidente aunque formalmente legitimado por una votación de quienes no podían sino acceder al deseo presidencial. Una vez terminada la operación, el personaje fue simplemente depuesto por quien lo puso y remplazado por una *apparatchiki* -- Dulce María Sauri--, también producto de la voluntad presidencial, aunque dejando como segundo de a bordo al verdadero encargado -- Esteban Moctezuma--; el agente real del presidente (otra vez lo viejo).

Como en todos los fines de sexenio, en 1999 hubo varios aspirantes al puesto de candidato presidencial oficial. Y como en los primeros 23 años del partido aunque no después, esos aspirantes dejaron saber públicamente su calidad de tales y fueron los que llevaron a cabo la campaña que culminó el mes pasado en una elección interna (esi si fue nuevo). Pero, todo el proceso estuvo bajo el control del *apparat* (lo viejo) y como en varias ocasiones en el pasado, aunque no en todas, los derrotados, de buena o mala forma, reconocieron públicamente su derrota y legitimaron el triunfo del “hombre del presidente”. En el último acto, el presidente en la casa oficial, reunió al contendiente más serio con el ganador y les hizo declararse reconciliados; reapareció así, puntualmente, la única característica inmutable de los priístas: la de la obediencia por sobre los principios (otra vez lo viejo). En teoría, la esencia del “nuevo PRI” es el fin de su histórica y casi militar subordinación a la voluntad presidencial, pero resulta que esa subordinación ha salido a relucir y con más obviedad que antaño, en cada recodo del corto pero torcido trayecto del ese PRI que supuestamente ya cambió.

Lo Viejo.- Tras setenta años de control ininterrumpido de la presidencia (a los que se deben sumar los doce anteriores, cuando aún no había partido de Estado pero

ya estaba en el poder la clase política que iba a dar forma a ese partido) y sin haber tenido que entregar cuentas a nadie mas que a si misma, la élite priísta que pretende ser ya la cabeza de un “nuevo PRI”, carga sobre sus hombros una de las herencias antidemocráticas más viejas del planeta. Es una carga muy pesada, enorme, que realmente le impide ser portadora de lo nuevo.

Dejemos en suspenso el juicio sobre el abanderado del “nuevo PRI”, Francisco Labastida, ex secretario de Estado y ex gobernador durante el reinado del “viejo PRI” y sobre cada una de las individualidades que hoy conforman su equipo de campaña. Veamos el conjunto. Resulta que éste grupo está compuesto únicamente por “viejos priístas”; algunos de ellos son biológicamente viejos, otros simplemente maduros y excepcionalmente algunos jóvenes, pero incluso esos jóvenes no lo son tanto como para no haberse socializado y haber absorbido las esencias del viejo PRI. Todos, desde Zedillo y Labastida, pasando por Gamboa hasta concluir con Moctezuma, son producto del viejo PRI; ahí aprendieron las tradicionales reglas del juego político autoritario -- “sabiduría de sus mayores”-- y no conocen otras.

Las reglas reales del poder les vienen trasmitidas a los priístas de generación en generación y les hacen ser, como clase política, una de las más sofisticadas en el arte de preservar ese poder y sus privilegios, pero también una de las más rapaces de nuestra historia. Y no porque los santanistas o los porfiristas del siglo XIX --por sólo citar dos ejemplos-- hayan sido moralmente diferentes, sino porque los instrumentos a su disposición y el tiempo de maduración de los mismos no fueron tan completos, efectivos y arraigados, como son los del PRI.

El PRI es, básicamente aunque no exclusivamente, una tupida madeja de corrupción y complicidades que se remontan a varias generaciones. Un botón de

muestra reciente de esta esencia, aunque no el más espectacular, es el anunciado desfalco a la CONASUPO por millones de pesos y en el que salió a relucir, aunque en un papel secundario, hasta el propio presidente cuando era secretario de Programación. En estas condiciones, y para que efectivamente existiera la posibilidad de un “nuevo PRI”, lo primero que debería suceder de cara a la sociedad mexicana, no es una elección primaria controlada al estilo de la del 7 de noviembre pasado, sino algo mucho más sustantivo: una ruptura real, mediante acciones políticas y jurídicas de fondo, con siete decenios de complicidades heredadas e impunidad. Pero ¿que es lo que realmente sucede?, pues exactamente lo contrario. Los miembros del PRI en la comisión legislativa que investiga los desfalcos a la CONASUPO, votaron contra del dictamen. En otro caso peor, el del FOBAPROA y el IPAB, esta vez auxiliados por el PAN, los legisladores priístas siguen negando la información completa sobre los grandes deudores pero echan sobre los hombros de la sociedad toda la responsabilidad del rescate bancario: 844 mil millones de pesos. A aquel a quien no hace mucho el joven Esteban Moctezuma comparó con Hitler --Roberto Madrazo-- y cuya elección a la gubernatura de Tabasco en 1994 ha entrado ya a los anales de la historia mexicana como la más documentada en cuanto a recursos ilegales e ilegítimos, recibe como compensación por darle credibilidad a la competencia interna del “nuevo PRI” y luego aceptar sin chistar su derrota, el retorno de sus dominios políticos sureños, por lo menos hasta el año 2000.

El régimen que surgió de la Revolución Mexicana nunca tuvo algo semejante a un Ghandi como fundador de la base moral de su clase política, aunque Francisco I Madero fue un líder extraordinario. Sus enemigos le asesinaron justamente para que no tuviera la oportunidad de cuidar la delicada y tierna planta de la democracia política que

había sembrado, la del “sufragio efectivo”, con la que confiaba rescatar la dignidad de la política en nuestro país y, sobre todo, rescatar la dignidad del mexicano común, como si lo hizo Ghandi. Los líderes que sucedieron a Madero --Carranza, Obregón y Calles-- pueden ser definidos de muchas formas, menos como demócratas. Cárdenas, el mejor de todos los padres fundadores del PRI, se propuso construir primero la democracia social para que, luego surgiera de ella la democracia política. El tampoco tuvo tiempo de que madurara un proyecto tan complejo y tan lleno de contradicciones; lo hecho entre 1935 y 1938 fue extraordinario, pero fue desvirtuado por sus sucesores: Avila Camacho y, sobre todo, por Miguel Alemán. Desde entonces, la historia política del PRI ha sido muy previsible.

La información que acabamos de conocer sobre las ricas pensiones que se asignaron a sí mismos y a temprana edad algunos de los *apparatchikis* del PRI, es una pequeña pero representativa muestra de la enorme distancia que separa a la élite priísta de la sociedad a la que gobierna. El lema real es: trato muy desigual a los desiguales. Obviamente las tumbas clandestinas del narcotráfico que están siendo investigadas por el FBI en Ciudad Juárez, también pueden contar como otro indicador actual del mismo fenómeno. La naturaleza del “nuevo PRI” está muy determinada por los materiales de su construcción, y esos son materiales viejos y carcomidos; con ellos se puede hacer algo llamativo pero no nuevo.

Lo Nuevo.- Pese a todo lo anterior, no hay duda de que en la vida política mexicana actual hay algo nuevo, pero eso nuevo no está en el PRI, sino fuera y es justamente lo que le ha forzado a mostrarse, en contra de su naturaleza y tradición, un poco más respetuoso con los procedimientos y las formalidades de la vida política democrática, pero sigue siendo antidemocrático.

La aparición del “nuevo PRI” es, por otra parte, resultado de cambios en el entorno mundial. En Washington se ha visto muy bien el esfuerzo de Zedillo por vestir con ropajes modernos el estilo sucesorio. La transformación de las formas en el sur se aplauden públicamente en el norte como si fueran de contenido. Que el PRI siga, va bien con los intereses norteamericanos, pero que sea un “PRI nuevo”, con el que sea posible tomarse la foto y presentarlo como un caso más de transición exitosa.

Lo realmente nuevo está en la sociedad mexicana y no toda, sino en ciertos sectores de ella. Está en la actitud de rebeldía extrema ante una situación de injusticia igualmente extrema, de una parte de los indígenas de Chiapas. Sin el levantamiento del EZLN en 1994, Salinas y su partido no hubieran aceptado empezar a soltar el viejo control sobre la organización y vigilancia de las elecciones federales y que poco a poco se ha ido percolando a las estatales, a algunas, no a todas. Lo nuevo está en grupos importantes de las heterogéneas clases urbanas --medias y ciertas capas populares-- que han continuado la insurgencia electoral que estalló en 1988 encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas por un lado y Manuel Clouthier, por el otro. Pese a la frustración creada por los fraudes y la evidente falta de equidad en la contienda, la mitad de los votantes, *grosso modo*, han podido hacer del suyo, un “sufragio efectivo” ¡75 años después del asesinato de Madero!

Lo viejo permanece en esa otra mitad de la ciudadanía mexicana, que también es muy heterogénea. Para empezar, en las clases empresariales que en el México viejo de mercado protegido o en el nuevo y supuestamente globalizado, deben buena parte de su éxito a sus hondas y fuertes ligas con “el sistema”. También está en una parte de la burocracia y de la clase media medrosa. Pero las encuestas nos muestran que, con el PRI, sigue, sobre todo, el México premoderno, el de poca educación formal, de bajos

ingresos, en mucho rural y en un rango de edad que no se puede calificar de joven. Es el México que arrastra actitudes que le hacen suponer que, en materia política, el progreso no existe, que quienes siempre han gobernado --y tener el poder desde 1916 equivale a tenerlo desde siempre-- seguirán gobernando, y que es absurdo, quizá peligroso, pero sobre todo irracional, oponerse a lo que equivale a un orden natural. En contraste, si cruzan la boleta electoral por aquel que les ha sido indicado por el *appratchiki* local, entonces tendrán unos kilos de carne, unos costales de cemento, unas láminas de asbesto, regularización de su predio, un permiso para abrir un puesto, etcétera. Se está con el PRI como parte de una vieja estrategia de supervivencia de las clases dominadas desde la época colonial, y ese patrón se va a prolongar, por lo menos, al inicio del siglo XXI. En suma, la clave no está en un "PRI nuevo" sino en lograr que el grueso de los mexicanos crea que lo que siempre ha sido pueda dejar de ser.